
Al atardecer, cuando me dispongo a dar un paseo, encuentro a Magda en el zaguán tratando de hacerse entender por una inglesa recién llegada. Con mi modestísimo inglés, me atrevo a ser de alguna utilidad. La dama desea alojamiento por quince días. Sí, hay una habitación disponible. La inglesa —¿o británica?—:

—*Thank you for your kindness.*

Al cruzar el pueblo: la jorobadita de telégrafos, repartidora de los telegramas. Me la encuentro por todas partes con su pasito corto, rapidísimo. ¿Me encamino a la plaza?, pues ella aparece en dirección contraria con su peculiar trotecillo; sin embargo, cuando ya estoy frente a la iglesia, ella se me ha adelantado y la veo allí también, departiendo con alguien. ¿Pero no nos habíamos cruzado en sentidos opuestos? Sorprendente. Parece que tuviera el don de la ubicuidad. A veces, al darme de cara con ella —saluda siempre con una sonrisa—, el pensamiento me da un aletazo de tristeza y admiración. ¡Con qué ligereza, con qué elegancia ha cargado con su cruz!

El matrimonio español, de Cuenca, con una niña y un niño. La mujer es nerviosísima; él, aplomado. Trabaja en un petrolero que va de Cartagena a Kuwait. Me habla del canal de Suez. ¡Con qué gracia remeda a los mercaderes que desde sus barcas ofrecen a los turistas el típico fez y fustas de cuero!: ¡Capel-lo!, ¡Caval-lo! (a la italiana). ¿Pensarán que en Europa nos pasamos la vida apostando a los caballos y yendo al hipódromo con un cubilete rojo en la cabeza? (Esto lo añado como para sí mismo, casi ausente). Después

regresa al mar Rojo, a Arabia, en un tono reposado, como si le costase trabajo hablar. Lo curioso es que se trata de una de esas personas que sabe contar las cosas.

Voy a la farmacia a proveerme de cigarrillos. Me he decidido por esta fuente para no pasar otra vez por el trance del misterio y los temores con que me atienden las gemelas de telégrafos. También porque me irrita no saber si hablo con Asun o con la otra.

En la botica —busto de Galeno a la izquierda, busto de Hipócrates a la derecha— los saludos de rigor. Este año la encuentro más recargada de pintura (a Teresín, la boticaria, no al local). Teresín debe andar por los sesenta y pico. Menudita; mientras le hablas se distrae, mira frecuentemente el reloj de la iglesia, visible desde el mostrador, y pasa a menudo la mano derecha por los ojales de la bata blanca, mirándolos, como si temiese haber perdido algún botón. En ese momento atiende a una viejecita que cubre la nieve de su cabeza con un velo y se acompaña de una sirvienta. Al ir ésta a pagar:

—¿No tenéis veinte céntimos sueltos?

—Yo, no —dice la joven—.

La anciana:

—Yo, tampoco; nunca llevo cinco céntimos en el bolsillo.

Teresín:

—¿Y para qué quieres los millones? —la trata con familiaridad.

—Pero si no puedo gastármelos en nada. Como todo me hace daño...

La criada, por lo bajo:

—Ya, ya; te conozco.

—Oye —la señora—, ¿qué estás murmurando? A ver si vas a decir que me doy a todos los antojos. Dejas a una en ridículo... Y salen de la farmacia discutiendo.

Teresín:

—Tiene más dinero que pesa.

Al subir a mi cuarto para ponerme el bañador me encuentro a Juanita haciéndome la cama. Le pregunto por sus asuntos.

—Van mejor. Por medio de un muchacho de aquí, que trabaja en las oficinas de la fábrica, hoy me han dado un cheque de 4.000 pesetas. El resto, parece que también me lo devolverán.

—¡Cuánto me alegro! ¿Y el juicio?

—Ha salido hoy. Mañana sabré la respuesta.

—¿Tenían un contrato en regla, firmado y eso?

—Sí, por cinco años.

—Entonces, tenga esperanzas.

—Siempre que hemos buscado a la Virgen de la Barquera la hemos encontrado.

Viaje a la capital. Llego a hora temprana. La arteria más importante apenas tiene vida. Anuncios por todas partes del festival de música y danza. Tomo un café mientras observo a los camareros afanados en colocar veladores en la acera. Me acerco al puerto y dejo que mis ojos se llenen con el cabeceo de los barcos, mis oídos con los lengüetazos del agua en el costado de las naves. ¡Ah, escapar! No, no hay escapada posible. Mejor abandonar los ensueños y abrazar la realidad. Ahora mismo, por ejemplo, visitar librerías. Cargo mi bolsa de playa con algunos tesoros. La *Carta al padre*, de Kafka. Después de la comida regreso al café de la mañana y pido un cuchillo para ir abriendo y hojeando, con delectación, algún libro intonso. Conmoveror Kafka: Yo habría necesitado un poco de estímulo, un poco de cordia-

lidad que mantuviera ligeramente abierto mi camino, y tú por el contrario me lo cerrabas. (...) Recuerdo, por ejemplo, cuando nos desnudábamos en una caseta de baño. Yo, flaco, débil y angosto; tú, fuerte, grande y ancho. En esa caseta me sentía miserable, y no sólo frente a ti, sino ante el mundo entero, porque eras para mí la medida de todas las cosas.

A las cinco y media me reintegro a la corriente humana que anima las calles. Todavía muchos bañistas se demoran en la playa. ¿Por qué he sentido siempre rechazo a permanecer en la playa después de las horas centrales del día?, ¿por qué me produce tristeza la playa al atardecer?

Con Pedrín, el recadero. Hablamos poco, porque siempre anda atareado. Hemos coincidido en el zaguán y, hoy sí, se ha alargado nuestra charla.

—¿Cómo se va pasando el verano? pregunta.

—Bien, aunque a veces el tiempo...

—Claro, los turistas sólo quieren sol. A mí me da igual; mejor dicho, casi prefiero el invierno. Ahora vas a cualquier sitio y todo está lleno. Te metes en un café y nadie te hace caso. En invierno, sin embargo, da gusto. Paseas por la plaza y eres un señor.

—Pero esto tiene que ser muy triste en invierno, ¿no?

—¡Qué sé yo!... A mí no me lo parece. Además, todo está más bonito que ahora, sobre todo en otoño. ¿Usted no ha estado aquí en otoño? Se pone precioso. Da uno una vuelta y da gusto ver los árboles, unos amarillos, otros casi rojos, otros de otro color. Qué sé yo... A mí me gusta —Le llaman desde la cocina. Se acabó el palique. Y echa a correr.

En el comedor. Un matrimonio francés con una niña se dispone a salir, pero alguien que va a entrar hace que se

detengan junto a mi mesa. La niña entonces se queda mirándome con esa fijeza entre boba y descarada con la que algunos niños —y mayores de pocas luces— miran a veces. El padre ha registrado la impertinencia y planta su manaza sobre la cabeza de la niña, la deja allí durante unos segundos y, bruscamente, como quien gira un tornillo, le imprime una torsión de noventa grados. La pequeña estira el cuello, adelanta la cabeza como un mascarón de proa, sin pestañear y, empujada suavemente por el progenitor, sale al zaguán con toda la apariencia de haber caído en trance.

Después de cenar me he unido a la pequeña tertulia que se forma a veces a la entrada del Hostal. Asiste la viejecita de pelo blanco, siempre de negro, a la que veo sentada frecuentemente en uno de los bancos de piedra que flanquean esa entrada. Nunca he preguntado quién era; no quiero saberlo. Al volver a encontrármela este año se me ha venido el recuerdo del año anterior, sentada en el mismo sitio, también de negro, también sola... Una imagen benéfica, pacífica, de lo perdurable. Esta noche nos ha sorprendido a todos —ella, siempre callada— con esta salida:

—Pues ya ven ustedes —mirando a la luna— parece que está muy cerca, pero ya... Han querido subir hace poco, los americanos o esos rusos, pero han tenido que volverse. Y digo yo, ¿qué habrá allí? ¡Qué cosas! ¡Querer llegar al cielo!

Silencio. La oscuridad y el canto de los grillos. Alguien enciende un cigarro y, apagado el mechero, la mora roja de la brasa va y viene. Magda, que había desaparecido, regresa y nos invita a una copita de anís o de coñac. Se habla de cine.

—A mí quien me gusta mucho es la Sara Montiel —manifiesta Magda—. ¿Han visto El último tango? ¿Por qué se teñiría de pelirroja?

—Mujer, quizá fuera una peluca —interviene Olvido, la cocinera.

—Bueno, teñido o peluca, qué mal le sentaba ¿verdad?
—Silencio en la concurrencia— ¿Y qué me dicen de la mujer del Sha? —Otra vez silencio. Magda sigue—: Creo que sufre mucho. A mí me da mucha lástima, oiga; no lo puedo remediar. Tiene cara de pena o así.

Alguien del grupo:

—Está usted al día con las noticias del mundo.

—Bueno, es que en invierno leo montones de revistas y periódicos, aunque lo primero que busco son los ecos de sociedad; puede haberse casado algún conocido. Luego, los sucesos y algo de lo que pasa por ahí.

Juanita, que es el sentido común, tiene sus rarezas. Preparándome para meterme en la cama, me llega desde abajo este breve diálogo:

—Juanita, acércate a casa —habla la dueña— y mira si he echado la llave, que me parece que me vine sin cerrar.

—¿A estas horas? Yo no voy, que el zaguán está muy oscuro.

—Mujer, pues da la luz.

—¿Y si hay un hombre escondido y se tira a mí?

—Anda, anda...

—Bueno, pues si no viene la andaluza —habla de la cocinera—, yo, ni hablar.

Chirría una carreta. Me asomo. Dos bueyes poderosos, bajas las testuces y ladeados, arrastran una carga de troncos. La habitación se me llena de olor a eucalipto fresco.

Amanece nublado. Me afeito y miro por la ventana. El indiano corta unas hojas de coles que han dejado espigar y se las echa a los patos. Revuelos y graznidos. El indiano desaparece. En la quietud del escenario sólo se agita

25 de julio de 1963

Debería ir consignando, aunque fuera de manera intermitente, algunas de las experiencias de mi estancia en Londres. Hoy, que se me ha brindado la oportunidad de irme a vivir con una familia inglesa dentro de unos días, parece un buen momento para arrancar.

La posibilidad de trasladarme ha venido de la mano de Selim, el muchacho turco compañero de clase en la escuela de idiomas, el Language Tuition Centre. Me ha informado de que va a quedar libre una habitación en la casa donde él se aloja, y por un precio inferior al que estoy pagando ahora en el N° 12 de Carlton Mansions. Los dueños de este piso, polacos afincados en Gran Bretaña tras la Segunda Guerra Mundial, son un matrimonio encantador, pero permanecen fuera durante todo el día, pues ambos trabajan, además no tienen televisión... En tales circunstancias, pocas ocasiones se me ofrecen de escuchar y de hablar inglés.

Esta tarde, después de ir al cine con Selim a ver Historia de dos ciudades (¡cómo perderse la ocasión de oír a Ronald Colman!), nos hemos acercado a Perham Road, en West Kensington, para conocer mi cuarto. Todo: habitación, comunicaciones, *landlady*, ha sido de mi agrado. El próximo 3 de agosto podré mudarme.

Me remuerde hacer este desaire a los polacos, que han venido tratándome con deferencia; incluso me han invitado a cenar en ocasiones y hecho conocer a algunos amigos. Pero con ellos ni mi inglés ni mi acento progresan.

Curioso tipo Selim, con quien he tomado una copa al dejar Perham Road. Pertenece a esa clase de personas en las que se trasluce una actitud de recelo ante el otro, a pesar de sus maneras afables y envolventes. Porque tiene un innegable *charm*, potenciado por el atractivo físico. Sus ojos negros, de suave expresión burlona, se enmarcan en un rostro que parece réplica exacta de una de las cabezas que glorifican a Amenofis III en el Museo Británico. Por algún accidente,

el lado derecho de la escultura nos ha llegado con la mandíbula destrozada, y aun así, ninguna de las otras efigies del faraón posee su intensidad expresiva, su belleza.

En el pub donde hemos recalado, alguien toca el acordeón. Selim bromea a propósito del sombrero abigarrado —golondrinas picoteando unas cerezas— exhibido gallardamente por una vieja dama; observa a la concurrencia, de condición humilde más bien, y hace una apología del «pueblo», de las masas trabajadoras. Acto seguido, me dice que el miércoles «tenemos que ir» a ver la llegada de la reina Isabel a la sala donde estrenan Cleopatra. Asiento, no sin hacerle notar qué mal se compagina tal curiosidad por la realeza con su exaltación del proletariado.

—No veo la contradicción —Tiene una voz grave. Repite, mientras busca mentalmente la palabra precisa—. *I mean.*

Selim estudia Economía, pero no da la imagen del hombre reflexivo habituado a cálculos y números, antes bien —volvemos a su *charm*— recuerda a un comerciante gárrulo y pillo de los que regatean el precio de sus mercaderías por esos zocos de dios.

Paso el día en Stratford-upon-Avon. Recorriendo las distintas habitaciones de la casa de Shakespeare se me despertó tal dolor de cabeza que, sin poder seguir escuchando las explicaciones de la guía, tuve que separarme del grupo de los otros visitantes para salir al jardín, donde empecé a devolver. No deja de ser irónico tan inoportuno contratiempo en un lugar que pisaba con la devoción de un peregrino al llegar al santuario. Pocos minutos después, repuesto, pude incorporarme a los demás turistas. Cuando abandonaba el recinto arranqué de ese jardín, testigo de mi quebranto, y casi como un acto de expiación, la hoja acorazonada de una mata de violetas para guardarla entre las páginas de los Sonetos, que acababa de comprar.

De vuelta a Londres, enmimismado en el autobús con la puesta de sol sobre la campiña inglesa. Ha sido un domingo azul de nubes redondas y blancas. Abrí al azar la cuidada edición de los poemas —cubierta de raso índigo— y me encontré la hojita verde, medio pegada al soneto LXXV:

So are you to my thoughts as food to life.

Vos sois para mis pensamientos como el alimento para la vida...

Ayer, lunes y festivo, pasamos en casa gran parte del día. Selim se presentó a las diez de la mañana para proponerme comer en su cuarto o en el mío. Ofrecí mi cocina, más amplia que la suya, siempre que me ayudase después con el *washing-up*. Cuando planeábamos el menú, llamaron perentoriamente a la puerta. Era la señora Cockerell que venía a retirar la bolsa de basura. «*Rubbish*», demandó con una *sh* sostenida mientras escrutaba la habitación en rápido movimiento circular que habría estremecido al culpable. Ningún rastro de mujer... Debió pensar: «Buenos chicos», porque cuando se marchaba nos obsequió con una sonrisa beatífica. Ya solos, Selim se encarnó en la patrona: husmeó el armario, se asomó a la cocina, alzó las faldas de la mesa camilla y, al final, levantando la almohada de mi cama y lanzándola al aire, gritó escandalizado: *A girl!*

Durante la comida le hablé de mi proyecto de alquilar un televisor; así nos evitaríamos la servidumbre de tener que bajar al sótano para ver el de los Cockerell. A Selim le ha encantado la idea. Lástima que la apacible sobremesa se haya visto malograda por la música del transistor, que, casi desde que bajó por la mañana, puso en funcionamiento a un volumen sonoro insoportable. Al menos, volví a oír esa canción, tan popular este verano, en la que Bob Dylan repite enigmáticamente a las desazonantes preguntas de un amigo:

*The answer, my friend,
is blowing in the wind.*

Aprovechando una escapada de Selim a su cuarto para coger el albornoz, en el que pretendía fijar una trabilla, apagué la radio. A su regreso, la volvió a poner, sin miramiento alguno.

—Podríamos organizar un *party* aquí, con chicas —me sugiere—. ¿Qué te parece?

—Bien, aunque tendríamos que sobornar a la señora Cockerell. Tal vez una caja de bombones para sus veladas de lucha libre...

—¡Fantástico! ¿Conoces muchas?

—Algunas de la Escuela. Tú podrías traer a tu novia.

—¿Y quién te ha dicho que tengo novia?

—Oh, esos pajaritos de la ventana.

—Bien, ya hablaremos... Pareció que de repente había dejado de interesarle el *party*. Cogió su albornoz y empezó a fijar el rabillo que estaba colgando. Manejaba la aguja con torpeza y, viéndole, me trasladé a la época de mi servicio militar, cuando los soldados nos cosíamos los botones del uniforme, a falta de hilo, con alambre... Al recordar aquel tiempo —noches del Sahara con siroco y escalofríos de malaria— la imagen de Selim se me enturbió. Volví a enfocar lo y sonreí, divertido. Terminada su labor de costura se retiró a la cocina para fregar los cacharros. Me tenía tan abrumado con el estruendo del transistor que preferí ocuparme de ese menester con tal de que se fuese.

Estudí un par de horas y, deseoso de escuchar buena música, llamé por teléfono a Canoira.

—Me estaba preguntando si habrías vuelto de Salisbury y si no sería demasiado tarde para oír algunos «espirituales» negros.

—*Say it in English, please.* ¿Estás enfadado con Bach y con Mozart?

—Con ellos, nunca; conmigo, de vez en cuando.

—Es porque se terminan las vacaciones.

—Sí, debe de ser por eso.

Veinte minutos después ya me encuentro en Earl's Court. Canoira se muestra acogedor, como siempre. Es la tercera vez que le visito. Tiene en la pared de su cuarto, clavado con chinchetas, un extraño *collage*: alguna fotografía de Duke Ellington; una buena ampliación de la plaza del Obradoiro por la noche, donde la catedral, iluminada, aparece rota en varios charcos de lluvia, y el conocido cartel de Marilyn

Monroe sobre una rejilla de ventilación del metro, tratando de contener el vuelo de la falda al paso subterráneo de un convoy. A la colección ha venido a sumarse una panorámica de Florencia. Me acerco a ella y Canoira me aclara:

—Ahora tengo de compañero a un italiano. Se fue a cenar sus jodidos espaguetis.

—Hombre, o su jodido escalopín al marsala, o...

—Poco más. Todo lo arreglan con sus pastas, cojones. ¡Qué falta de imaginación! Ni siquiera tienen noticia de que exista el lacón con grelos.

—¡Imperdonable!

—Bueno, vamos a entonarnos con un vaso de Ribeiro.

—¡Vino! —Tomo el vaso que me ofrece y señalo el tocadiscos—. Vino ¡en Inglaterra!, y encima, música. Todo un lujo.

—Son las ventajas de que papá —imita a un niño mimado— tenga amigos en Londres.

El padre de Canoira se dedica a negocios navieros. El aprendizaje del inglés, deduzco, debe de haberle sido impuesto al hijo por razones puramente comerciales, lo cual no impide que Canoira se muestre muy sensible a la «musicalidad y precisión» —palabras suyas— del idioma de Shakespeare. Brindamos.

—Vives como un rey.

—Sin patria.

—Ya te salió la morriña.

Y como si no quisiera dejarse arrastrar:

—Querías oír «espirituales». Nadie los canta como Odetta.

—¿Ni Mahalia Jackson?

—Ella, también, pero lo de Mahalia es el góspel.

—¿No tienen nada que ver? —Mira, no nos metamos en honduras.

—Digamos que son primos hermanos. Bueno... la verdad es que el «*gospel-song*» viene a ser la forma moderna del viejo «espiritual», aunque más vivo, con más intensidad

rítmica, con más... «swing». ¿Aclarado? —Extrae el single de la carpeta con el esmero de quien saca una joya de su estuche—. Sólo voy a ponerte dos de mis preferidos, pero si quieres alguno más...

La voz pastosa y profunda de Odetta, acompañada de un coro tristísimo a boca cerrada, me sobrecoge. Es un canto fúnebre de esclavitud; la liberación, por la muerte, del cepo de las subastas, del látigo del capataz implacable, de la humillación y el tormento que ha supuesto vivir. Y mientras la voz repite monótonamente, como sollozos incontenibles, «*no more, no more*», siento que algún agua retenida dentro de mí ha empezado a huracanarse. Una sorda vibración gutural pone fin a la endecha. Se detiene el tocadiscos, pero Canoira no se molesta en poner la otra cara. Le miro y me sorprendo de sus ojos prietos, defendiéndose, diría, de todo lo que pudiera borrarle la estela del desolado lamento. El silencio que los dos guardamos tiene algo de religioso. Finalmente, Canoira se quita las gafas y oprime sus lagrimales con el índice y el pulgar de la mano derecha.

—¿Qué dices ahora? Esta tía acojona, ¿verdad?

Tengo que hacer un esfuerzo para contestarle:

—Una voz así y una música como esa compensan de algunas horas de infierno.

Se queda pensativo.

—Sí, es verdad —Y corrige con extraña convicción, desde algún lugar inalcanzable—. De muchas horas de infierno.

Apenas tiene veinte años... Le dirijo una rápida mirada inquisitiva que él no capta porque ha echado mano del vino, apurándolo de un trago. No sé cómo ahuyentar la sombra que planea sobre nosotros. Cuando sirve otro Ribeiro, le saco de su ensimismamiento lanzándole, igual que un guijarro a una charca quieta y profunda:

—¿Sabes una cosa, *baby*?

Me gusta hacerle rabiarse con este apelativo afectuoso. Se cruza de brazos y, risueño otra vez, protesta:

—¿Se puede saber cuántos años necesitan los de tu tierra para ser hombres?

—Algunos más de los que tienes tú... En serio, me pregunto cómo siendo tan joven no has empezado a interesarte por los Beatles.

—Ah, esos... Gritos y melenas.

—Algo más: melodías afortunadas, letras de sus canciones, con frecuencia, también afortunadas y, sobre todo, un aire de informalidad juvenil en la anquilosada y formal Inglaterra. Casi una revolución —subrayo ampulosamente— sociológica. ¿Te ríes?

Va a replicarme, pero la llegada del italiano interrumpe nuestra charla. Nos presenta y le ofrece un vaso de vino. Pienso que es hora de retirarme.

—Hablabamos de Salisbury otro día. Gracias por Odetta y por el vino.

—La próxima vez te toca a ti.

—Muy bien, pero no esperes Ribeiro.

—Cualquier cosa con tal que tenga alcohol.

Camino de casa, recuerdo el arrobamiento con el que Canoirá escuchaba la música. El hombre no es más que una mota de polvo separada de las otras motas de polvo por espacios siderales de indiferencia y egoísmo. Sólo el amor puede hacernos sentir, mientras dure el milagro, que no estamos solos. Y fuera del amor, esos raros momentos de comunión con los otros, posibles al escuchar una misma melodía, al compartir parecidas vibraciones leyendo las palabras de un poema, al sentir el apretón de una mano generosa cuando estamos a punto de desfallecer. ¡Qué poco sé de Canoirá! Ni siquiera me ha hablado alguna vez de chicas, de que tenga novia en España... Pero sus silencios no emanan misterio ni reserva. Él, a su vez, tampoco indaga, no parece estar interesado en las coordenadas que para la mayoría son imprescindibles en la catalogación del otro. Se diría que su escala de valores es distinta; no trata de saber de ti más de lo que tú quieras contarle. Como un árbol: si te

acoges a su amparo, te recibe con sombra y con frescor; si te alejas, el árbol permanece tranquilo.

Ya en Perham Road, por la ventana iluminada de un sótano puedo ver parejas bailando al ritmo de un twist. Durante unos segundos me detengo ante la verja de hierro que me separa de la fiesta... He buscado refugio en mi madriguera y he pergeñado estas notas. El flexo derrama su luz recogida sobre la mesa; alguien ha cerrado una ventana. Yo también debo dormir.

JUBILADOS EN BENIDORM
(22 de noviembre 1991)

La terraza cubierta de un bar frente a la playa, donde me refugio del tiempo desapacible. Un matrimonio septuagenario se sienta detrás de mí, en una mesa próxima. Él, aunque es la una y media del mediodía, pide al camarero unos buñuelos y café con leche. Cuando el camarero se aleja, la anciana comenta, desabrida:

—Tú sigue así. Ahora buñuelos. No haces caso de tu panza. Estás que no se te puede ver.

—Pues no he engordado. Me mantengo igual que cuando vinimos —se defiende él.

—¿Igual? Mírate al espejo; das pena. Y es que no paras de comer, de comer y de tirar el dinero. Como ayer con la cerveza. Ciento cincuenta pesetas para nada, para dejarla después.

Él guarda silencio. En la playa, desierta ahora, sólo una joven pareja y un perro se destacan contra el mar de estaño. Por el paseo frente a nosotros pasa un grupo de turistas, en su mayoría más que maduros, casi todos con chándal de colores vivos.

—¡Cómo van! —otra vez la señora—. Mira ésa, igual que una zíngara. Sólo le falta la pandereta.

Busco con los ojos a «la gitana». Debe de ser una muchacha que cubre sus hombros con un gran pañuelo estampado —flores chillonas— sobre el vestido color fucsia. Después de unos minutos, la anciana expresa en voz alta el giro que han dado sus pensamientos:

—Estamos tan solos, tan solos... Unos por una razón, otros por otra, ¡qué solos nos han dejado! Así que cuando salimos, nos gusta ver a la gente.

¿Va dirigido a mí este comentario? Vuelvo la cabeza tratando de llamar la atención del camarero para pagar el Martini. Mi vecina, regordeta y acicalada, está dando fin a los buñuelos mientras el marido mira inexpresivo su café.

Dos franjas de encendido mercurio desgarran el estaño del mar. Rechina una silla sobre el terrazo del suelo. Ella:

—¿Qué haces ahora? —su voz de nuevo es hostil—. Cada día más torpe. Todo se te cae, todo... Me pones negra. ¡Qué asco de hombre!

El anciano guarda silencio.

—Hace verdaderamente frío —vuelve a quejarse la señora.

—Para estar aquí con este tiempo, mejor en casa —comenta él con cierto tono de rebeldía.

—¿Y qué vamos a hacer en casa? ¿No te parece que ya estamos bastante tiempo solos?

Hay un paréntesis de silencio.

—¡Mira lo que haces! —la voz de ella se ha encrespado—. Se te está cayendo el café en los pantalones. ¡Cómo te has puesto!... No tienes arreglo. No se puede salir contigo.

Me llega el suave ritmo de las olas en la playa. La joven pareja y su perro han desaparecido. El matrimonio de jubilados abandona el local. Él se apoya trabajosamente en la barandilla para bajar los tres peldaños de la terraza que descienden a la acera; ella, más ágil, gana la calle con relativa soltura. A través de los cristales los veo alejarse. Se detienen. La anciana ofrece un brazo al marido y prosiguen, a pasitos cortos, su paseo por el infierno.